

Testimonio de una hija: “Mi padre vivió y murió por sus principios”

Por María C. Werlau



*Armando Cañizares Gamboa, 28 años.
Desaparecido en combate el 21 de abril de 1961
en Playa Girón, Cuba.*

Mi padre, Armando Cañizares, había combatido en la Sierra Maestra a las órdenes del Che Guevara. Él y sus dos hermanos, Francisco y Julio, se unieron al Ejército Rebelde para ayudar a liberar a Cuba de la dictadura de Fulgencio Batista. Aunque tenía solo poco más de 20 años de edad, su compromiso de restaurar la democracia y el Estado de derecho era profundo. Mi padre era particularmente anticomunista y así se lo dijo a Guevara en una conversación que sostuvieron en la Sierra. Posteriormente, en sus memorias de la lucha contra Batista, el Che escribió que los hermanos Cañizares habían regresado “a luchar como traidores en la invasión.”¹

Los tres hermanos Cañizares dejaron las montañas con un numeroso grupo de rebeldes que abandonaron la guerrilla en protesta por el asesinato a sangre fría de un joven miembro del Ejército Rebelde de nombre José Martí. Un oficial protegido del Che, Lalo Sardiñas, mató al joven recluta, que era de origen humilde, porque había desobedecido la orden a la tropa de tener siempre las botas puestas, incluso para dormir. Fidel y el Che habían intervenido para ignorar el reglamento del Ejército Rebelde y el crimen había quedado impune. Tras varios meses escondidos (en una cueva de la finca familiar y luego en La Habana), mi padre, sus hermanos y un amigo lograron abandonar Cuba y marcharon al exilio en Estados Unidos.

Estando mi padre escondido en La Habana, había conocido a mi madre, quien militaba en el Movimiento “26 de julio,” en la resistencia urbana clandestina en la lucha contra la dictadura de Batista. Se casaron en Miami el 17 de noviembre de 1958. En la madrugada del 1 de enero de 1959, Batista huyó del país y las fuerzas revolucionarias tomaron el poder. Mis padres regresaron a Cuba en uno de los primeros aviones que llegó a la Isla junto con los dirigentes del Movimiento 26 de julio que estaban en el exilio. Mi madre, embarazada de varias semanas, me llevaba en su vientre. Mi padre asumió un alto cargo en el Instituto Cubano de Estabilización del Azúcar (ICEA), un organismo gubernamental de gran importancia económica. Pero mis padres inmediatamente se preocuparon por el giro de los acontecimientos y estaban horrorizados con los juicios sumarios y fusilamientos que impuso en el nuevo gobierno de Fidel Castro.

Al darse cuenta de que los hermanos Castro no tenían intención alguna de restaurar la democracia, mi padre se incorporó a la oposición anticastrista clandestina en cuyas filas militaban muchos ex combatientes de la lucha

¹ Ernesto Che Guevara, *Pasajes de la guerra revolucionaria*, México: Ediciones Era, 1969, p. 147.

contra Batista. Poco tiempo después, un antiguo compañero de armas de la Sierra Maestra le informó a mi padre de que estaban preparando una causa para arrestarlo. En esa época, el gobierno fusilaba rápidamente a los conspiradores que detenía. Así que en mayo de 1960 salimos del país precipitadamente y llegamos a Miami. Yo era un bebé de casi ocho meses y mi madre tenía seis meses de embarazo; mi hermano nació ese agosto.

Ese otoño, el gobierno de Estados Unidos organizó y comenzó a entrenar, supuestamente secretamente, a un grupo de exiliados cubanos con el propósito de invadir a Cuba y derrocar a los Castro. Mi madre le rogó a mi padre que no se incorporara. Tenían dos bebés, acababan de llegar al exilio y disponían de muy pocos recursos. Pero mi padre insistió en que era su deber moral, ante sus hijos y las nuevas generaciones, contribuir a derrocar a los Castro, quienes habían alcanzado el poder con su participación.

Mis tíos Julio y Francisco, así como, José, marido de su hermana (mi tía), también se incorporaron a la Brigada 2506. Así, cuatro esposas con siete niños pequeños quedaron en Estados Unidos rezando y esperando. Mi padre partió a los campamentos de Guatemala el 18 de enero de 1961. Nunca volvimos a verlo. Por suerte, mis tíos sí regresaron.



Mis padres el día de su boda, Miami, 17 de noviembre de 1958.

La invasión comenzó la madrugada del 17 de abril de 1961. En Playa Girón, mi padre y su hermano Julio formaban parte de un reducido grupo del Batallón de Armas Pesadas que luchó intensamente y evitó captura durante cuatro días. Consternados por la falta del apoyo aéreo prometido y muy superados en número, eran machacados por los aviones de la fuerza aérea del régimen que debían haber sido destruidos de antemano. Ya convencidos de que la invasión había fracasado, trataron de romper el cerco de las fuerzas castristas y marchar a las montañas del Escambray para unirse a las guerrillas que allí operaban. Fatigados y hambrientos, se quedaron dormidos. Varios milicianos los descubrieron, empezaron a dispararles y se produjo un tiroteo. Mi padre y su amigo Manuel Rionda fueron malheridos. Los milicianos que los capturaron se negaron a prestarles atención médica y obligaron al resto del grupo a separarse de ellos. Nunca se volvió a saber de ellos.

Desde el inicio de la invasión, el gobierno emprendió una redada masiva de civiles. Mis abuelos, que vivían en Camagüey, fueron arrestados junto con miles de otros cubanos sospechosos de albergar sentimientos contrarrevolucionarios. Cuando fueron puestos en libertad, mis abuelos supieron que mi padre estaba en la lista de muertos y que mi tío Julio fue apresado; destrozada, mi abuela sufrió un infarto cardiaco que, por suerte, sobrevivió. Mi padre había muerto —al menos así reportado— el día de su cumpleaños.

Las familias buscaron desesperadamente a Manuel y a mi padre. Pese a reiteradas súplicas de los familiares, el gobierno cubano se negó a dar información alguna o a confirmar el fallecimiento de ambos e hizo caso omiso de las peticiones que se hicieron por vía de la Cruz Roja Internacional. Un miliciano estafó a la afligida madre

de Manuel con la falsa promesa de devolverle los dos cadáveres para su sepultura; le estafó una suma considerable de dinero, que era muy difícil de obtener en Cuba en esos días.

Durante la estadía de mi tío Julio en la cárcel, se agravaron los sufrimientos de las familias de los brigadistas. El gobierno usó las visitas de los parientes para humillarlos y abusar de ellos. Mi abuela luego nos contaba que a las mujeres las desnudaban, las cacheaban irrespetuosamente y se burlaban de ellas. Entre muchas cosas deplorables que presencié, vio como una guardia del penal lanzaba por el aire la prótesis de seno de una señora mayor que había ido a visitar a su hijo.

En Miami, nos rodeaba una gran conmoción. Mi madre y mis abuelos, que estaban prácticamente sin ingresos, tenían a su cargo a dos bebés y varios adolescentes traumatizados. Varios primos habían llegado de Cuba sin sus padres en el marco de un programa auspiciado por la Iglesia Católica conocido como “Pedro Pan” para que pudieran escapar del comunismo. Varias de las mejores amigas de mi madre atravesaban una situación similar a la de ella, solas con niños pequeños y con sus maridos fallecidos o presos, algunos heridos. Algunos no habían siquiera muerto en combate y, agotadas sus municiones, habían sido ultimados por soldados del régimen que los cazaban o asesinaban al momento de su captura. Nueve miembros de la Brigada 2506, entre ellos varios amigos de mi familia, murieron asfixiados cuando sobre un centenar de prisioneros fueron hacinados en un hermético camión-rastra frigorífico. El horno mortal rodante tardó ocho horas en llegar a La Habana con su carga humana gritando desesperadamente y pidiendo clemencia.



Varias semanas después de la invasión, mi madre fue a la consulta de un médico en Miami, buscando alivio para una migraña causada por el estrés. Allí vio un ejemplar de la revista *Life* que contenía un reportaje sobre la invasión.² Al hojearla, se encontró con una foto que reconoció ser de su esposo, mi padre, al parecer muerto. Cuando años después mi tío fue liberado de la prisión y llegó a Miami, le confirmó que una bala le había arrancado a mi padre la placa de identificación y que él se la había atado a los pantalones, tal como aparecía en la fotografía. Yo me enteré de la existencia de la foto cuando cumplí 17 años. Mi madre se negó a enseñármela, ni siquiera la tenía en casa y la guardaba con una amiga. Fui a la biblioteca de la universidad y la encontré, pero no se lo dije.

² *Life*, 2 de mayo de 1961, p. 19.

Años después, en 1981, recibí información de un hombre que vivía en Las Vegas y que insistía en que mi padre y su primo estaban vivos en una cárcel de Cuba, en la provincia de Guanahacabibes. Me habló de los ojos color verde de mi padre, de que era oriundo de Camagüey y se refirió a sus dos hermanos por sus nombres de pila. Esta noticia me impactó mucho y rápidamente busqué confirmarlo. Como no quería que mi madre tuviera que pasar por más agravios, le pedí ayuda a mis tíos. Indagaron sobre el asunto y supieron que el señor de las Vegas era probablemente un espía de los Castro residente en Estados Unidos. Supusimos que su objetivo era aprovecharse de cualquier oportunidad, probablemente por órdenes superiores, de causar daño. Tan cruel engaño no pudo llegar en peor momento; pocos meses atrás, habíamos sufrido una terrible pérdida; mi querido y único hermano Mandy, Armando Cañizares III, había muerto en un accidente de tráfico causado por un conductor ebrio. Mi madre no supo de este incidente hasta muchos años después.

Mi hermano tenía solo 19 años al morir. Mi pena ha sido muy profunda en muchas dimensiones; de lo que más me duele es saber que había sufrido aún más que yo la carencia de un padre. La pérdida de mi padre también marcó para siempre a mis abuelos, sus padres, y a sus hermanos. En cuanto a mi madre, apenas puedo hablar sobre cuánto le afectó, es demasiado doloroso. Y tan sensible pena fue compartida por muchos familiares y amigos. En el transcurso de mi vida he visto cómo una pérdida de este tipo repercute en la vida de muchas personas, como una piedrita que cae en un pozo de agua y va generando ondas concéntricas de dolor que impactan a las personas con variante intensidad dependiendo de la cercanía con la persona que han perdido. Lo veo en la labor que realizo en Archivo Cuba. Si bien el fallecido o desaparecido paga sin duda el precio más elevado, con su vida, hay muchas más víctimas que sufren en diversos grados.

Mis abuelos paternos lograron salir de Cuba y llegaron a Estados Unidos en 1965. La suerte de la Isla estaba echada: un sistema basado en el odio y dirigido con un puño de hierro ya parecía irreversible. Mis abuelos habían padecido la pérdida de un hijo, quedaron separados de todos sus hijos y nietos, y vieron la derrota de los esfuerzos por liberar a Cuba en Girón y con la insurrección del Escambray. Habían perdido sus tierras, confiscadas por el Estado comunista con casi toda la propiedad privada del país. No disponían de otro lugar donde vivir y tuvieron que permanecer en la casa de lo que fue su propia finca, afrontando humillaciones diarias y contemplando cómo los ineptos funcionarios del Estado destruían el trabajo de toda su vida.

Recuerdo nítidamente la llegada de mis abuelos al aeropuerto de Miami. Yo tenía entonces seis años de edad. Era un gran día, mi hermano, mis primos y yo estábamos muy emocionados porque no los conocíamos. ¡Y no tuvimos que ir a la escuela ese día! La reputación de mi abuela era que tenía un carácter muy recto y fuerte; la idea de estar en su presencia me intimidaba. Pero, desde el primer momento en que nos vimos, el vínculo emocional fue instantáneo. A menudo me decía que mirarme era como estar viendo a mi padre. A pesar de su carácter fuerte y estoico, cada vez que se mencionaba el nombre de mi padre, sus ojos se llenaban de lágrimas.

Sé que mi tío Julio, que desembarcó con mi padre en Girón, nunca superó el trauma de la muerte de su querido hermano y del fracaso de los esfuerzos que realizaron por la libertad de Cuba. Los dos hermanos se adoraban y siempre estaban juntos. Uno de mis primeros recuerdos es de ver a mi tío sentado en el umbral de su casa de Miami, con una camisa a cuadros de mangas cortas, supongo que estaría recién salido de la prisión en Cuba. Nos velaba a su hija pequeña, a mi hermano y a mí mientras jugábamos en el jardín. A pesar de que yo tendría entonces unos tres años de edad, fui capaz de interiorizar que él estaba muy, pero que muy, triste. Mi otro tío, Francisco, murió en 2005. Tras el fracaso de la invasión, se había jugado la vida en reiteradas ocasiones como miembro de los equipos de infiltración organizados por el gobierno del presidente Kennedy para apoyar a la resistencia dentro de la isla. Mi madre guardaba como un tesoro un gran caracol que le había traído de una de aquellas expediciones como recuerdo de su añorada Cuba.

Mis cuatro abuelos fallecieron sin poder volver de nuevo a su patria. Mi abuela materna, que murió en 1998, tenía un carácter muy positivo. Padeció en privado muchas penas, nunca se quejó de nada y fue una mujer alegre y divertida hasta el último día de sus 91 años. Sus últimas palabras antes de morir fueron “Ah, las calles de Santiago...,” en añoranza por su Santiago de Cuba natal, que no había vuelto a ver en sus últimos 37 años. En la mano apretaba una miniatura de plata de la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba, una de las pocas cosas que había logrado sacar de la isla cuando marchó al exilio.

Mi tío, el único hermano de mi madre que fue como un padre para mí, tampoco pudo volver a Cuba y lamentablemente murió de cáncer demasiado joven en 1999. Siempre hablábamos de Cuba. Era ingeniero, tenía un carácter muy noble y un gran amor por su patria. Entre sus muchos proyectos había concebido un plan para reconstruir la infraestructura de la Isla.

Mi madre nunca volvió a casarse, el amor que se tenían ella y mi padre había sido muy intenso. Ella sentía un compromiso apasionado por la libertad de Cuba y trabajó incansablemente por los derechos humanos, entre otros, como directora del grupo Madres Contra la Represión (MAR, por sus siglas en inglés) y como cofundadora de Archivo Cuba. Murió de cáncer en julio de 2008 de 74 años. Fue una pérdida devastadora para mí, pero me quedó de ella un profundo amor que siempre está conmigo. Y su amor por la patria y la libertad, su empeño por promover la armonía y la justicia en el mundo, su compasión por el prójimo, su profunda fe religiosa y su estoicismo ante dificultades y sufrimientos son para mí fuentes de constante inspiración. Me duele mucho pensar en la frustración y profunda tristeza que padeció durante casi toda su vida por el prolongado totalitarismo en Cuba y el largo sufrimiento de su pueblo.



La única foto que tengo con mi padre, cuando tenía alrededor de un mes de nacida.

Todas estas personas extraordinarias que tanto he querido se marcharon de este mundo con el pesar de no haber visto la libertad restaurada en su patria y de no haber podido regresar. Es la historia de tantos cubanos... Aun así, como solía decir mi madre, pienso que nuestra familia tuvo la suerte, en más de un sentido, de poder escapar de la Isla para vivir en libertad; los que han quedado allá lo pasan mucho peor. Todo este dolor compartido pesa más porque la larga pesadilla aún no ha concluido. Creo que Cuba será libre algún día y que el pueblo cubano podrá por fin forjar su destino en paz y con esperanza en el futuro. Mientras eso no ocurra, ese sueño sigue vivo. Es nuestro deber hacerlo realidad.

Maria Werlau es cofundadora de Archivo Cuba. Este artículo se publicó originalmente en abril de 2006 y fue actualizado en 2021.

Se autoriza la reproducción y distribución de este material siempre que se cite su procedencia.

www.ArchivoCuba.org